

EL REGRESO DE LA HISTORIA O LA HISTORIA DEL REGRESO

*Dr. Humberto López Cruz
University of Central Florida*

La historia suele reescribirse cada vez que la contamos; o quizás, cada vez que la evocamos. Al mismo tiempo, la historia quiere estar presente en nuestro diario acontecer ya que a ella solemos acudir como apoyo, o abandono, de nuestro presente. La historia cubre, o encubre, períodos fundamentales sobre la existencia del individuo y el proceder de las naciones, por lo que es factible presuponer que se narre desde un punto de vista subjetivo. Es por ello que para acercarse a un hecho específico será recomendable leer lo más posible sobre el tema en cuestión para llegar así a una satisfactoria opinión propia. La historia de Cuba es un tema que requiere lecturas adicionales para hurgar en un pasado no tan remoto que a diario se hace visible en el presente.

Mucho se ha publicado, y publicará, sobre la historia de Cuba. A una cantidad indeterminada de años de lo que fuera la presencia de siboneyes y taínos, a más de cinco siglos del primer viaje de Colón, a ciento cuatro años de vida republicana, y, lamentablemente, a cuarenta y siete años de experimentar un gobierno totalitarista, Cuba sigue siendo, y produciendo, historia. Y no tan sólo para los cubanos sino para todos los afectados como consecuencia directa, o indirecta, de los designios de la Isla. Rafael Díaz-Balart (1926-2005) quiso en su momento sumar su voz, su verdad, sobre unos hechos que afectaron el devenir de su país. El que fuera presidente del

comité parlamentario mayoritario en la Cámara de Representantes de Cuba entre 1954 y 1958 recopiló sus memorias, su historia, en las cuales la historia de Cuba—valga la redundancia—aparece inexorablemente unida.

El fallecimiento de Díaz-Balart en 2005 hizo que sus hijos se dieran a la tarea de compilar el manuscrito con fines de publicación. Ediciones Universal llevó a cabo la tarea, en función de imprenta, y hoy en día tenemos el texto en nuestras manos bajo el nombre de *Cuba: intrahistoria. Una lucha sin tregua*, (Miami: Universal, 2006). Pero, ¿por qué leerlo? El título incluye un vocablo sugestivo; me refiero a *intrahistoria*. En las primeras páginas encontramos la aclaración necesaria y corroboramos que es una voz sugerida por el escritor y filósofo Miguel de Unamuno y aceptada por la Academia de la Lengua Española. La referida intrahistoria apunta hacia la vida interior, la que ha de servir de telón de fondo a la historia visible; o sea, a la que todos podemos contar. Mejor aún: léase a la que todos podemos reescribir.

Este es el valor intrínseco del texto: la postura cívica del que lo relata. El lector tiene que pasar por alto cualquier desavenencia política que pueda tener con el autor o con el hecho narrado. El recuento no se enfoca tan sólo en el período castrista sino en sucesos trascendentales que afectaron el acontecer histórico de la nación: la derogación de la enmienda Platt, el golpe de Estado y subsecuente dictadura de Batista, la diversidad de partidos políticos presentes, la manipulación orquestada por el discutido personaje William Weyland, el desapoyar sutilmente el régimen de Batista por parte de Washington para apoyar implícitamente a los alzados en la Sierra Maestra; en fin, hechos que no pueden omitirse ya que sus consecuencias fueron lo

suficientemente notables para generar controversia. Cuando se está reescribiendo la historia de un país es difícil, sino imposible, estar todos de acuerdo con los puntos sugeridos, pero, al mismo tiempo, la voz del otro no puede ser silenciada. Es un entrenamiento cabal, una buena práctica que apunta hacia una sociedad pluripartidista donde la multiplicidad de opiniones no debe ser la excepción, sino la norma; una Cuba democrática exige que todos sus ciudadanos sean escuchados por igual. El libro de Díaz-Balart es más que un recuento histórico; es la exposición de los hechos desde su óptica crítica, un espacio común en el que la narración se funde en una conversación que el autor sostiene, en todo momento, con el lector. Asistimos a un recuento historiográfico de décadas de turbulencia política donde se entrecruzan triunfos y fracasos al intentar la joven república seguir el sendero de la democracia.

Es imposible dejar de reflexionar sobre la situación la Isla. Díaz-Balart, como parte de su relato, expone la violencia política que experimentó Cuba, incluso antes del triunfo de Castro. Esto nunca ha sido un secreto, a ello aluden historiadores dentro y fuera de la Isla; para tan sólo mencionar a tres de ellos escogería a Calixto C. Masó, a Enrique Ros y a Louis A. Pérez. Son reescrituras históricas adicionales que se incorporan, por méritos propios, a la historiografía cubana. Esto lleva a cuestionarnos, una vez más, sobre el porqué de este recuento que ofrece Díaz-Balart al relatarnos su intrahistoria; subrayo el pronombre posesivo *su* ya que a él pertenece la postura adoptada.

Es también muy cierto que todo narrador interpreta implícitamente los hechos desde una perspectiva subjetiva y de la misma manera también es

cierto que a los cubanos nos complace hacer bulla sin importar el tema que se discuta en el momento. Ahora el ruido no debe provenir de las desavenencias del pasado sino de las propuestas para el futuro. Una de las reflexiones que se desprende de la lectura es que Díaz-Balart insiste en que el individuo debe aprender de sus errores para construir su futuro. Es cierto que no se extirparán completamente las equivocaciones, otros errores suplirán el vacío dejado por sus predecesores. No obstante, si el cubano decide aprender por cabeza propia, si esto ocurre y se modifica el patrón de comportamiento que delineó el siglo XX cubano, entonces el futuro de la Isla, basado en la realidad del pasado, quizás posea la dosis de rectificación necesaria para sobrevivir el cambio de gobierno—y de vida—y el cubano habrá dado un paso en firme en el difícil camino hacia la verdadera democracia; las lecciones aprendidas de estos errores pavimentarán el camino a seguir aunque las cicatrices sean difíciles de ocultar. De la misma manera que la República superó la colonia, también el nuevo gobierno abandonará el totalitarismo imperante. Esto no debe considerarse una quimera sino un ideal al alcance de Cuba; negarlo sería aberrante y sólo retrasaría un proceso que, en su momento, tendrá que llegar. Si estamos de acuerdo en este punto, entonces habrá que admitir que la exposición de esta continua *lucha* de Cuba por Díaz-Balart ha sido razón suficiente para justificar su lectura.

Al traer a colación el vocablo *lucha* observo que la lucha que sostiene la humanidad consigo misma no ha excluido a Cuba ni a los cubanos. El cubano ha empleado gran parte de su historia en luchar contra sí mismo. Caín vuelve a matar a Abel para que éste resucite una y otra vez para ser

asesinado por los Caínes que halla en su camino. Las arengas políticas sugieren inclusión; la lucha fratricida existente excluye sectores de la población que han estado marginados desde siempre. En más de una ocasión, Díaz-Balart alude al racismo y clasismo existentes en Cuba, realidad que no hubo de desaparecer, quizás incrementara, a raíz de la independencia. La sorpresa no es descubrir este secreto que siempre ha existido a voces; lo alucinante es ver cómo se evita en discusiones y cuando por fin se menciona es para servir un propósito demagógico y no para apuntar a su completa erradicación. Esto constituye otra razón para acercarnos a estas historias deshilvanadas que provocarán (como ocurrió en mí) sentimientos de aceptación o de rechazo—lo ideal sería una fusión de ambos, ya que entonces el proceso del pensamiento habría cobrado nuevos adeptos. Es el camino al regreso, a uno mismo. En otras palabras, el cubano pensaría por sí mismo y el pensamiento podría hacerse público dentro de la geografía nacional, algo que se le negara durante gran parte del ya desaparecido siglo XX.

No debemos olvidar que Unamuno expone como pasión del individuo la posibilidad que su memoria sobreviva por encima del olvido de los demás. La realidad de Cuba que hace posible una historia cambiante tiene que ser recordada como zócalo a partir del cual construir lo ahora destruido; la propuesta del filósofo salmantino debe ser incorporada. En este caso, la individualidad debe servir al imaginario colectivo donde se (re)funde la nación; la memoria de los hechos acaecidos ha de sobrevivir y servirá para allanar el abismo de desesperanza donde ahora se encuentra sumida Cuba. La plataforma insular nunca habrá estado más fuerte si la individualidad del

cubano toma un segundo lugar con respecto a los intereses del país. La heterogeneidad de razas y clases marcarán un antes y un después en la historia de Cuba; el aceptar esto como clave indiscutible para el futuro de la Isla será la intrahistoria de cada uno de nosotros sobre la cual construir nuestra propia realidad.

En el epílogo del texto, los cuatro hijos de Rafael Díaz-Balart coinciden que su padre les enseñó a vivir y a morir. Voy a añadir que el autor, en su texto, nos invita a reflexionar. Para hacer uso de un cliché diré que opiniones tenemos todos; sin embargo, defender nuestra postura a capa y espada es lo que nos hace auténticos—y ésta no es una alusión a ningún partido político. Esta intrahistoria unamuniana sobre una gran parte de lo que fue el siglo XX cubano y que ahora nos ofrece Díaz-Balart, desde su *sentimiento trágico*, reclama ser escuchada. Una vez leída, sin importar la reacción que cause en el lector de turno, será recordada.

Horizontes es la Revista de la Facultad de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico. Los lectores pueden imprimir, bajar el contenido o enviarlo por correo electrónico para uso individual. No se autoriza el uso comercial del mismo. Se solicita que citen correctamente los datos bibliográficos de cada artículo de acuerdo con un manual de estilo. Para su conveniencia incluimos los dos formatos mayormente utilizados en el mundo académico.

Referencia bibliográfica del artículo (según APA):

López Cruz, H. (2006). El Regreso de la Historia o la Historia del Regreso. *Horizontes*, 48(95), 149-154. Recuperado de <http://www.pucpr.edu/hz/103.pdf>

Referencia bibliográfica del artículo (según MLA):

López Cruz, Humberto. "El Regreso de la Historia o la Historia del Regreso." *Horizontes* 48.95 (2006): 149-154. *Horizontes*. 3 Sep. 2009 <<http://www.pucpr.edu/hz/103.pdf>>

Las referencias anteriores se basan en los siguientes manuales de estilo:

American Psychological Association. (2010). *Publication manual of the American Psychological Association* (6th ed.). Washington, DC: The Author.

Gibaldi, J. (2009). *MLA handbook for writers of research papers* (7th ed.). New York, NY: Modern Language Association of America.